

y es extraordinariamente audaz. Fue un músico de frontera que supo originalmente cambiar géneros y olvidar convenciones estancos.

Pero Sergio Ortega también fue un notable maestro. Participó activamente en la Escuela Musical Vespertina, anexa al Conservatorio, en la que estudiaron músicos que llegarían a tener una gran importancia en la música popular, como algunos integrantes de Los Blops, de Los Inti-Ilumani y de los Quilapayún, en los que sin lugar a dudas influyeron sus clases de armonía y composición. Fue él también el que en el exilio ganó por concurso la dirección de la *École Nationale de Musique* de Pantín, trabajo que mantuvo hasta poco antes de su muerte y que le permitió continuar su obra formativa y pedagógica hacia nuevas generaciones.

Sin embargo, muchos aspectos de su obra musical siguen por descubrirse. Especial importancia tendrá para Chile el poder escuchar su última obra escrita, madurada durante largos años y basada en la obra *Pedro Páramo* del escritor mexicano Juan Rulfo.

El recorrido de ayer del cortejo por distintas instituciones es un reconocimiento plural de Chile a Sergio Ortega. Este reconocimiento es una suerte de correspondencia con el amor sincero que Sergio Ortega sintió por Chile. La palabra "patria" es una de las que más se repite en sus canciones, tanto en los tiempos de su lucha política en apoyo del gobierno de la Unidad Popular, como en los tiempos de su exilio en Francia. Ninguna de sus obras desconoce este lazo original con su tierra madre y en todas ellas reconocemos el deseo de ahondar su vínculo original con los chilenos. "Cantos para chilenos" es el subtítulo de una de sus obras más conocidas, *La fragua* reeditada hace algunos meses en Chile y su cantata *Bernardo O'Higgins Riquelme 1810* lleva como subtítulo "Poema sonoro para el padre de mi patria". Por eso, es tan conmovedor este último deseo de Sergio Ortega de ser enterrado en Chile y cerca de la tumba de Víctor Jara.

Sergio Ortega fue un gran luchador social, un hombre solidario que mantuvo una fidelidad sin fisuras hacia sus convicciones más profundas. El deja muchos amigos y muchas personas interesadas en preservar su memoria y en hacer revivir su obra. La gran familia de los artistas se ha hecho presente en este funeral, pero también instituciones políticas y sociales con las que mantuvo lazos de militancia, amistad y reconocimiento. Como representante del Estado chileno, como Ministro de la Cultura, como portavoz de una voluntad nacional que quiere manifestar su pesar por esta muerte, quisiera rendirle el más sentido homenaje y entregarle el mensaje esperanzador de que su obra sabrá ser recordada y valorada por nuestro pueblo como precioso don que ha enriquecido nuestra cultura y ha contribuido a que nuestra vida colectiva sea un poco más feliz y valedera. El mejor homenaje que podemos hacerle a un artista es mantener viva la llama que encendió su creatividad. Seguiremos escuchando su música, porque en ella nos hemos descubierto un poco más a nosotros mismos y porque ella ha buscado enraizarse en nuestra tierra. Que nuestro adiós sea un "hasta siempre" porque en la música de Sergio Ortega ha sonado, suena y seguirá sonando el ritmo y el latido del corazón de nuestro Chile.

José Weinstein

Gabriel Coddou: hombre del Sur (1944-2004)

Es normal que cuando una persona querida deja este mundo sintamos dolor y, si su edad no es muy avanzada, es natural que nos cueste entender y aceptar su partida, como quien emprende un viaje anticipadamente sin explicaciones. Y si esa persona además en su vida se destacó por su vocación pública, el dolor se hace social y se multiplica más allá del círculo íntimo de la familia y las amistades. Sin embargo, lo que no es habitual, es cuando la persona que se nos ha ido pertenece a un mundo diferente, a un mundo que muchos necesitamos —es decir, que inconscientemente añoramos— pero que no sabemos reconocer y menos intuir.

Aquellas personas que se atreven a circundar esos *otros mundos* suelen ser pioneras, sin duda singulares y aventureras, muy escasas entre nosotros. Por ello, cuando se van lo sentimos doblemente y, si ellas no alcanzaron a hacer escuela y a dejar discípulos, entonces se llevan consigo preciosos tesoros —que supieron explorar, descubrir y gozar— los que nosotros no supimos captar ni apreciar a tiempo y, una vez más, nos quedamos aquí, huérfanos y atrapados en las garras de la inercia que nos impone el conformismo, la cobardía, la pasividad intelectual y creativa, el colonialismo, la ansiedad del éxito inmediato.

¿Pero de qué mundo tan especial se puede tratar si hoy tenemos acceso a tantos mundos?

Por cierto que no se trata del mundo globalizado ni menos del mundo de la farándula o del ciberespacio. Tampoco se trata del mundo de aquellos artistas o intelectuales sofisticados que, incomprendidos, se autoconsuelan convencidos de que son los nuevos profetas de la cultura contemporánea. En este caso se trata de un mundo simple de música y lenguas nativas. Más precisamente, se trata del *mundo del Sur* que Gabriel Coddou logró atisbar y empezó a plasmar a través del canto coral y la lengua de las comunidades huilliches. Se trata de un mundo escondido en un rincón del planeta, que él —gracias a su sensibilidad, independencia y coraje artístico e intelectual— se atrevió a explorar, allá lejos, en la isla de Chiloé.

Y es necesario precisar que al hacer referencia al *mundo del Sur* no se está aludiendo a una cuestión meramente geográfica, sino a un pensamiento y cultura del Sur que late entre nosotros quienes vivimos en el hemisferio del mismo nombre. Con más de 500 años de colonización de la cultura del Norte, nos cuesta bastante tener una mirada, una cultura y sensibilidad para captar lo que el Sur diariamente nos entrega. La mayoría de la gente vive buscando su Norte para orientar sus pasos; pocos lo hacen buscando su *Sur*. De allí que sean pocas las personas que pueden entender y valorar en profundidad el aporte que nos dejó Gabriel Coddou, cuyo mensaje conlleva una tarea inconclusa que debiéramos ser capaces de heredar y asumir con urgencia: *hacer Sur* (palabras de Tomás Lefever).

Gabriel Coddou, entre sus afanes de explorar, descubrir y *hacer Sur*, fundó en 1979 la Academia de Música de Ancud y, desde 1984 hasta su partida, dirigió las Jornadas Musicales de Chiloé. No obstante, uno de sus principales logros fue la creación del Coro de Niños Huilliches de Moluco, al sur de Chiloé, con el cual en 1998 grabó un disco dedicado a registrar el Cancionero jesuita mapuche —único *corpus* de canciones catequéticas en lengua nativa conocidas hasta hoy—, rescatando con ello un importante eslabón de la cadena cultural del Sur y de Latinoamérica. Según sus intenciones, el propósito era servirse de la música “como un factor de colaboración en la recuperación de la lengua huilliche o a lo menos de conocimiento de lo que era su dialecto”.

Así entonces, con su clara misión de *hacer Sur*, Gabriel difundió su trabajo en Chile y Argentina, sabiéndose desplazar entre el mundo rural de los pequeños pueblos y el mundo urbano de las ciudades del cono sur. Y su pasión por la música contagió a muchos niños, quienes después de participar en el coro cambiaron para siempre. El propio Gabriel una vez declaraba: “Los niños han sido aplaudidos y valorados. Se les han abierto expectativas con los viajes y los conciertos [...]. Algo ha pasado con ellos en estos años de trabajo musical, de conciertos y giras. Se han ampliado sus horizontes, se ha elevado su autoestima, saben que si se esfuerzan pueden lograr superarse...”.

Dentro de sus aportes también los hubo para esta revista, como fue su artículo sobre “El coro de los niños huilliches de Chiloé” (*RMCh*, I, IV/194, julio-diciembre, 2000, pp.81-86). Y entre sus apreciaciones, que ayudan a comprender su pensamiento y visión de mundo, escribió: “En Chile, en nuestras escuelas y colegios, se canta en español, inglés, alemán, francés y otras lenguas extranjeras, pero nunca o casi nunca en alguna de nuestras hermosas lenguas originarias... ¡Así pasa en este maravilloso país nuestro!”.

En octubre del año 2001, como reconocimiento a su compromiso cultural, aporte y trayectoria musical, el Consejo Chileno de la Música le otorgó La Medalla de la Música, distinción que se entrega a quienes abnegadamente han trabajado por el desarrollo y enriquecimiento de la vida musical chilena. Dos años y medio más tarde Gabriel dejó esta tierra y conmovió a todos quienes tuvimos el privilegio de conocerlo. Entonces vinieron nuevos homenajes, escritos y publicaciones en diarios locales y nacionales (ver por ejemplo: “Muerte y resurrección de Gabriel Coddou”, crónica de Enrique Lafourcade, diario *El Mercurio*, domingo 15 de febrero, 2004).

Huilliche significa *gente del Sur*. Gabriel, hombre del Sur, se reconoció en ellos y supo acercarseles, valorando su lengua y su cultura. Frente a esa actitud —que nos muestra una nueva perspectiva— la principal enseñanza que tal vez podamos sacar es que todos quienes vivimos en este lado del planeta —en el hemisferio sur— somos *gente del Sur* y, por lo tanto, para orientar nuestros pasos tenemos que hacerlo según *el Sur* que cada uno tiene latente en su inconsciente. Se trata de descubrir y desarrollar la *cultura del Sur*, que es la que nos corresponde vivir para poder ser más nosotros mismos: más libres, creativos y felices. Quizás ése sea el gran secreto de Gabriel Coddou, aquél que, de generación en generación, nos ayudará a justificar mejor nuestra existencia y el sentido de nuestras vidas.

Mientras tanto Gabriel descansa en el *Sur eterno* y, desde allá, en medio de las islas y los mares australes, nos está invitando a continuar con la misión que él se atrevió a emprender en este mundo.

Gabriel Matthey Correa